

FILMS SELECTOR



Lupita Tovar, la bella actriz mejicana y el actor cubano, René Cardona, en la versión española de la película "Carne de cabaret".


 AÑO II N.º 36
 20 de junio de 1931

EN ESTE NÚMERO:

El cine y la moda, por Anita Planas.
Hombres del día. - La mujer y el
cine, por María Luz Morales, etcétera.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

232. — Charles desearía saber si el artista español llamado Pitouto sigue trabajando en el cine, cuál es su dirección y quién le podría facilitar su fotografía. Quedaría muy agradecido del amable lector o lectora que le contestase.

233. — Peter Wadli desea saber la letra del tango «¿Dónde estás, corazón?» que presenta la orquesta «Genaro», en la revista que se proyectó en Coliseum junto con El Desfile del Amor.

234. — Dice Andrés González: Tengo un aparato Pathe Baby y una motocróica, con la que he editado varias películas, y deseo saber si con el proyector puedo hacer fotografías, valiéndome de algún objetivo o papel de composición especiales.

Como tengo gran interés en saberlo, agradecería a los lectores me dieran todos los detalles posibles.

235. — El argentinito desearía saber de los amables lectores de esta revista el título y los intérpretes de una cinta norteamericana que me parece tenía quince episodios cuyo protagonista era Antonio Moreno. Además le gustaría saber cuál es a juicio de ustedes el mejor film español (realizado en España) y los mejores artistas españoles.

236. — Orquídea Salvaje desearía que algún amable lector de este semanario le proporcionase la letra del tango cantado por Carlos Dante, cuyo título le parece que es A la guella sarasa.

¿Podrían decirle el número aproximado de artistas que forman parte de la Paramount?

¿Y el nombre del director de Orquídeas Salvajes así como el reparto completo, de esta película?

237. — Vampiresa desearía de los simpáticos lectores de FILMS SELECTOS le dijese si se encuentra en Barcelona o en París el artista Félix de Pomés y cuáles es su dirección.

Querría conocer el reparto de las películas rusas Taranhova y El pueblo del pecado y saber qué opinión tienen del cinema ruso como técnica e interpretación.

Por último ¿sabe alguien de ustedes si son lectoras de FILMS SELECTOS las chicas que en La Pantalla y en Siluetas firmaban con el pseudónimo Flor de Guindo y Flor de Loto? Mil gracias anticipadas.

238. — La Sirena del Atlántico desearía saber la biografía del artista Raymond Keane, protagonista de El Sol de Medianoche y El Águila Solitaria. También le interesa saber si ha hecho alguna película más, si es casado, soltero o si tiene novia.

CONTESTACIONES

194. — Joaquín López contesta a Una muchacha de ahora (demanda 82): Charles Rogers, nació el 13 de agosto de 1904, es soltero, tiene muchas amigas, mas no siente predilección por ninguna, sus deportes favoritos son el polo y el golf, su perro se llama Baron, y puede escri-

birsele a Paramount Studios, 5451, Marathon St. Hollywood (California) EE. UU. de A.

Sus últimas producciones son *Safety in Numbers*, *Dulcísima*, *Rosa de Irlanda* y *Follow Thru*; su leading-lady más frecuente es la pelirroja Nancy Carroll. Fué descubierto por la veterana Mary Pickford, y son muy buenos amigos.

195. — A la demanda número 91: Gilbert Roland, cuyo verdadero nombre es Luis Antonio Dámaso Alonso, nació en Bilbao (España) el 11 de diciembre de 1905; es hijo del famoso banderillero español (valenciano) Francisco Alonso (Paquiro) y de Consuelo Gotana; han sido seis hermanos de los cuales sólo viven tres, Julio, Luis y Francisco, que actualmente se dedican a la pantalla. A los pocos años de nacer él, se trasladaron a los Angeles, donde el padre se dedicó, o mejor dicho, interpretó varias películas.

Ha estado contratado en la F. B. O. donde hizo los films *La guerra santa* y *La edad plástica*, pasando más tarde a «Artistas Asociados» por mediación del director Haild Vankan, a la cual puede escribirle. Soltero, cabello negro, ojos pardos, mide 1.79 metro.

Antonio Moreno es español. Nació en Madrid el 26 de septiembre de 1888. Su nombre verdadero es Antonio Garrido. Su padre, Antonio Garrido Garron que ha muerto hace poco tiempo en Sevilla, era funcionario municipal. Antonio se trasladó muy joven a Norteamérica, y alcanzó gran celebridad en el cine en la época de películas de series, luego se oscureció y ahora con el cine hablado, es más solicitado para películas parlantes en castellano. Casado con Daisy Canfield, dama de la alta sociedad neoyorquina, su primer film mudo fué *The voice of millions* (La voz de los millones). Es moreno con los ojos oscuros, mide 1.53 metro de estatura. Una de las últimas cintas que ha hecho es *Los que danzan*, con Carmen Guerrero. Creo que recibe su correspondencia en la First National, aunque no tiene contrato seguro, pues tan pronto se le ve trabajar en la Fox como en la Universal, etc.

Ramón Pereda nació en Santander el año 1899, se marchó de su tierra cuando sólo tenía doce años. Pariente del conocido escritor montañés José María Pereda. Soltero, moreno, ojos oscuros, mide 1.78 metro de estatura, pesa 177 libras. Su última película es *El Dios del mar* hablada en castellano, folletín de John Russell, adaptada al español por José Carner Ribalta, en la cual tiene por compañera a Rosita Moreno. Su dirección es la Paramount.

196. — A la demanda número 94: De Charles King, no sé más que nació en Texas (Dallas). Casado y con tres hijos, actualmente está en la Metro. Castaño, ojos azules, mide 1.67 metro de estatura. Su última película, sin estrenar en España, es: *Arco iris*, revista que interpreta también con Bessie Lowe.

197. — Charles Keaton dice a Una futura farmacéutica: William Haines nació en Stabton, estado de Virginia; es hijo de un corredor de comercio. Lo descubrió la señorita Bijou Fernández, representante de la M.-G.-M., cuando andaba en busca de nuevas caras para la pantalla. Lo vio en la calle y, agradándole su tipo, decidió hablarle, haciéndole proposiciones para trabajar en el cine que éste aceptó, representando un pequeño papel en *Three Wise Fools*. A partir de este momento su progreso fué continuo, interpretando numerosas películas y llegando al lugar preeminente que ahora ocupa. Es muy aficionado a la música y a la lectura; es de los pocos que toman su arte en serio y su mayor satisfacción es interpretar muy bien su papel. Hace algún tiempo que no leo nada concreto respecto a su vida; sin embargo, creo se hallará todavía soltero pues no hace mucho aun lo estaba y, en una entrevista que le hicieron, aseguraba que no se casaría hasta los ochenta años (?). ¡Claro que esto nada quiere decir!

De *El Vizconde de la Rosa* son las siguientes contestaciones:

198. — Para *Milky Mauser*: Gilbert Roland nació en Bilbao el año 1903. Mide 1.79 metro. Tiene el cabello negro y los ojos pardos. Soltero. Si desea saber algunos pormenores sobre la vida de este artista, verá satisfecha su curiosidad leyendo el número trece de FILMS SELECTOS. Su dirección es United Artists Studios, 1401 No. Formosa Avenue, Hollywood, California.

Antonio Moreno nació en Madrid el 26 de septiembre de 1888. Está casado con Daisy Canfield Danziger. Su nombre es Antonio Garrido Montegudo Moreno. Mide cinco pies y diez pulgadas. Su dirección First National Studios, Burbank, California.

La dirección de Ramón Pereda es Paramount Publix Lasky Studios, Hollywood, California. Se han publicado tan pocas informaciones, hasta ahora, sobre este artista hispano, que ignoro todo lo que a él se refiera. No obstante, sé que es soltero y nacido en Santander.

199. — Para Una futura farmacéutica: Señorita, la hermosa rubia Anita Page, en su casa, en su vida privada, es muy diferente a las demás estrellas. Su fuerza de voluntad es muy grande para seguir el método de vida que se ha impuesto, y que ella cumple sin vacilar. En Hollywood, centro de verdaderas orgías, en la ciudad en donde todo es velocidad, diversión, alegría, en donde todo se mueve al compás del jazz (orquesta que si la oyera Napoleón, dábale a todos los diablos), no aciertan a comprender su conducta.

Señorita, voy a empezar a referirle la vida que hace Anita por su dormitorio, quiero decir, desde el momento en que se levanta. Ello lo hace a las siete, se baña, hace gimnasia por espacio de media hora, juega al golf con su hermano Marino, rapaz de siete años, en un campo miniatuira que tiene en el jardín de su casa. Este es uno de los deportes que más le gusta. A las nueve, cuando ya ha terminado su toilette, se dirige a los estudios. Su vida, aquí, tiene cierto punto de contacto con la de las demás artistas. Cuando está a punto de filmar alguna escena, ya ha pasado por las manos de su doncella, hecho su maquillaje con sumo cuidado, recibidas instrucciones del director, etc. Terminada la escena marcha de nuevo a su camerino, para caer otra vez en manos de su doncella, o, estudia su papel, caso de que la próxima escena no requiera otro maquillaje. Y así escena tras escena, día tras día. A las doce regresa a casa y discute con sus padres el trabajo de la mañana. Luego, si el trabajo no ha sido fatigoso, juega al ping-pong con su hermano y resuelve problemas de palabras cruzadas con el señor Pomares, su padre. Si tiene tiempo suficiente se llega a la playa, donde está media hora jugando en el agua. Es muy caprichosa con los trajes de baño; muchos de ellos, incluso los vestidos, son dibujados por ella misma, tarea que domina a la perfección. Con frecuencia ayuda a su madre en las faenas domésticas y prepara dulces de su propia invención. A las dos dirige nuevamente a los estudios, en donde está hasta las cinco o las seis, conforme requiera el trabajo; ya en su casa, estudia su papel para el día siguiente, y si le quedan algunas horas libres estudia cultivo de voz, música, idiomas, drama, comedia y baile. En los días en que la jornada ha sido fatigosa, su padre hace que se acueste a las nueve y media. Cuando sale a paseo siempre lo hace acompañada de uno de sus familiares y es rara la vez que asiste a alguna fiesta. Esto lo hace por complacer a su padre, que teme que su nombre figure en algún escándalo, tan frecuentes en Hollywood. En cambio, puede hacer cuantas fiestas quiera en su casa, a las que invita a todos sus buenos amigos. Actualmente se halla filmando una cinta, *The girl said no*, con William Haines.

Esta es, señorita, la vida (¡vaya vida, ¿eh? ¿No desea para usted una igual?) que hace Anita Page.

William Haines tiene fama de ser uno de los chicos más divertidos de Hollywood. Cuando celebra alguna fiesta en su casa, recibe a sus amistades muy sericito y formal, pero en cambio si está él de visita comete toda clase de travesuras y bromas de buen gusto. Tiene a su servicio cuatro sirvientes, todos ellos negros. Su costumbre es cenar a las siete, y hace, lo mismo si está solo como cuando hay varios invitados, que sus criados vayan con traje de etiqueta. La mayor chifladura de William es que le da por las antigüedades. Su casa está llena de ellas y hace poco tiempo abrió una tienda. El golf, el tenis y la natación son sus deportes favoritos. En el jardín de su casa se ha hecho construir una piscina. William es uno de los solterones más empedernidos de Hollywood. ¡Ah, se me olvidaba decirle que William, cuando es necesario, sabe hacerse la cama!

200. — De Dubrovsky a la Panocha Portbuenca: La protagonista con Richard Talmadge en *El Club de los Solteros* (The Bachelor's Club) es Bárbara Worth a quien también le segunda Edma Murphy.

Yo creo que esta película ha sido una de las últimas filmadas por Richard Talmadge, pues se está actualmente proyectando en Madrid.

TINTURA MARTHAND

DE POSITIVOS Y RAPIDOS RESULTADOS



Tiñe las CANAS

con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . 4 ptas.
Caja grande . 6 »

DE VENTA EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Warner Brothers Studios, 5842 Sunset Blvd., Hollywood, Calif.:nia

John Barrymore
Al Jolson
Monte Blue
Myrna Loy
Betty Bronson
May McAvoy
William Collier, Jr.
Edna Murphy
Dolores Costello
Lois Wilson
Louise Fazenda
Grant Withers
Audrey Ferris



Greta Nissen, artista de la Fox

Las omisiones en el cinematógrafo

por Francisco Caravaca

EN el cinematógrafo, como en todo arte, lo fundamental no es lo puramente externo. A pesar de ser este arte un arte tan eminentemente plástico, al parecer, la íntima realidad no es así. Lo plástico es la imagen. Ciertamente. ¿Y qué es el cinematógrafo sino una larga sucesión de imágenes? A esta razonada objeción podemos responder que, en efecto, el cinematógrafo es la imagen. Nos inclinamos más hacia la definición de Abel Gance, cuando dice: «Le temps de l'image est venu...», que hacia la definición arbitraria de Josefina Baker: «Le cinema c'est l'art nègre: images, danses, soleil, nuit noire...».

Repetimos: formalmente el cinematógrafo es, ante todo, la imagen. Pero la imagen, ¿en qué sentido?... ¿En un sentido absoluto?... No; en un sentido relativo, muy relativo. Nos explicaremos:

La emoción es el signo denotador del arte verdadero. Poco importa a la verdadera finalidad de un arte su aspecto más o menos moral, didáctico, utilitario, benéfico, etcétera... Lo que importa es que exprese belleza. Cuando dicho arte expresa belleza, indefectiblemente emociona.

Ahora bien; las viejas artes románticas: la pintura y la música, por ejemplo, se valen, para expresar belleza, la una del color y la otra del sonido. El cinematógrafo, que no es un arte ni clásico ni romántico, aunque esté más cerca de lo segundo que de lo primero, se vale, para expresar belleza y, por ende, emoción, de la imagen. Véase, pues, explicada la relatividad a que nos hemos referido: la imagen tiene en el cinematógrafo un valor capital. Es indudable. Pero este valor se refiere única y exclusivamente al medio expresivo. Es un puro agente de expresión de la belleza, un agente externo, plástico. Por ello, a pesar de su capitalidad, no es lo fundamental. Lo fundamental sigue siendo la belleza, la emoción misma. Esta emoción, en muchos casos — y este es el tema central de nuestro tema —, no se logra precisamente por una amplitud o universalidad de la imagen, sino más bien por una como omisión o desvío de la imagen misma.

Para concretar nuestro pensamiento respecto al valor que tienen las omisiones en el cinematógrafo, ofreceremos algunos recuerdos a modo de ejemplos. Téngase como punto de referencia para la comprensión de esta teoría — no original — lo que sucede con el desnudo. El desnudo por sí solo será tanto más pudoroso, moral y digno, cuanto menos encubierto o velado se nos ofrezca. En el desnudo puro no hay carnalidad. Ante la contemplación de un bello cuerpo, los sentidos carnales se disipan para dar paso a una contemplación serena, netamente artística.

Llevando esto al cinematógrafo veremos que lo que en ocasiones produce una máxima emoción es la ocultación, la omisión o escamoteo del hecho fundamental, que, de ofrecerlo en toda su desnudez y realismo, produciría seguramente una sensación serena, fría, mediatizada, desprovista de aliciente. Esto es lo que ha llevado a diversos «metteurs en scène» a omitir, no por inadvertencia, sino deliberadamente, los hechos fundamentales de las fábulas, logrando así un máximo de emoción.

(Continúa en la página 22)



Aquí tienen ustedes, lectores, a Gary Cooper, aplaudido «star» de la Paramount, en persona y en efígie, vestido a la usanza de los vaqueros como tantas veces le hemos visto en la pantalla. Este títere procede de un espectáculo celebrado recientemente en un teatro de los Angeles.

Gilbert, por ejemplo, tenía la voz que hubiéramos querido para Corinne Griffith, y Corinne Griffith tenía la voz que hubiéramos querido para John Gilbert... Las viejas glorias del celuloide fueron las primeras víctimas del cine sonoro y la mayor parte han sido casi olvidadas por un público al que suponían su esclavo, sin comprender que eran ellos los esclavos del público, que es, por

Esta muchacha, Wynne Gibson, tan joven como bonita, es una de las muchas que aspiran a ocupar los puestos que dejaron vacantes las antiguas figuras del cine mudo.



Con la frescura de sus diez y ocho años y su belleza rubia y delicada, June Mac Cloy, nueva «star» de Paramount, se apresta a la conquista del público, que casi ha olvidado ya a las «estrellas» de antaño.



Altas y bajas producidas por el micrófono

«ESTRELLAS» que vienen y «estrellas» que se van. Altas y bajas determinadas por ese juez implacable que es el micrófono...

Tal vez la distancia que nos separa de Hollywood nos haya impedido hasta ahora darnos una perfecta cuenta de la revolución que allí se ha producido por obra y gracia del cine sonoro y parlante, principalmente en lo que se refiere a los artistas, muchos de los cuales brillaron con un brillo que parecía inextinguible en tiempos del cine mudo y han desaparecido para siempre, mientras otros arrastran tristemente su decadencia, esperando la hora próxima en que serán barridos implacablemente por los nuevos intérpretes que reclama para sí el nuevo arte.

Pola Negri, Colleen Moore, Nils Asther... En las postrimerías del cine mudo, todos ellos estaban en el apogeo

de su celebridad y nada hacía suponer que iban a tener que bajar del pedestal y abandonar a toda prisa un puesto que parecía incommovible.

Sin embargo, así ha sido. Ellos y otros tuvieron que marcharse de los estudios porque en los estudios ya no los necesitaban. Sus voces no servían para la pantalla. John



Nuevas caras para el cinema mudo Nancy Dover, que acaba de obtener un gran éxito en «Cimarrón», es una de las más recientes creaciones del cinema sonoro.

naturaleza, caprichoso e infiel para los ídolos que eleva con la misma facilidad que derrumba. La caída fué fulminante. Todo un señor batacazo, del cual unos han renunciado a levantarse, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, y otros intentan, sin conseguirlo hasta hoy, volver a ser lo que fueron, procurando amoldar y educar sus aptitudes para el moderno cinema.

Frente a su hundimiento casi instantáneo, hay el de otros para los cuales el desengaño es mayor y más doloroso, por lo que tiene de lenta agonía. Es el de los que van borrándose poco a poco, el de los que ven que a cada nueva película el público les vuelve un poco más la espalda. Sus nombres todos los conocemos. Yo no los quiero dar aquí porque queda en mí un resto sentimental de amante del cine mudo o del cine puro, que viene a ser lo mismo; de amante de los tiempos pasados, cuando el cine era todavía un silencioso cuento de hadas, cuando triunfaban los que eran entonces reyes de los estudios y hoy viven de los restos de su grandeza y mañana quedarán sumidos en el pozo del olvido.

Pero no todo serán lamentaciones. Hay quien en el cine hablado encontró su verdadero lugar. Nadie hubiera sospechado que Lupe Vélez iba a ser un día una de las «estrellas» más firmes de Cinelandia,

porque a raíz de su interpretación junto a Douglas Fairbanks en «El gaucha», pareció que su buena suerte se esfumaba y su nombre iba a ser excluido de los repartos después de unas actuaciones poco felices. Mas con la llegada del cine sonoro todo cambió, y Lupe es hoy una de las «estrellas» predilectas del público, lo mismo hispano que anglosajón, porque Lupe interpreta por igual en castellano que en inglés. La misma María Alba tenía casi arruinada su carrera y hoy tiene una fortuna de más de dos millones de pesetas. Y como ellas, otras muchas que estaban a punto de renunciar a la gloria de la pantalla, han encontrado en la nueva modalidad cinematográfica el salvavidas que las ha puesto a flote. Unos han desaparecido, otros desaparecerán, y otros, muy pocos, se han salvado. Y a por los sitios que han quedado vacíos viene gente nueva con el ímpetu arrollador de la juventud. Muchachitas desconocidas acuden a conquistar los tronos vacantes. Muchachitas que aventajan a los antiguos prestigios en juventud y en belleza. Si su talento es también mayor, el público olvidará para siempre a las que un día fueron las más destacadas figuras de la pantalla.

RAFAEL MARTÍNEZ GANDÍA

Lupe Vélez aparece aquí en el comedor de la suntuosa mansión que se ha hecho construir en Hollywood. A no haber llegado el cine sonoro, Lupe habría tenido tal vez que regresar a su tierra natal, renunciando a una carrera cinematográfica en la que había demasados tropiezos.





REVELACION 1931

ENTREVISTA EN MADRID

UNA GRAN Y MARAVILLOSA ACTRIZ ROSITA DIAZ GIMENO

SU NOCHE DE BODAS

PARAMOUNT

LO MEJOR ES REÍR

Dejo París por unos días. Conviene que el airecillo de la nueva España orez mis pulmones. Barcelona, Montjuich, Madrid, la Sierra. Ese ruido enloquecedor de París, esa atmósfera de la capital parisina, del escape de gasolina de miles de autos, que se mete por las ventanas de los hoteles y va envenenando nuestros pulmones.

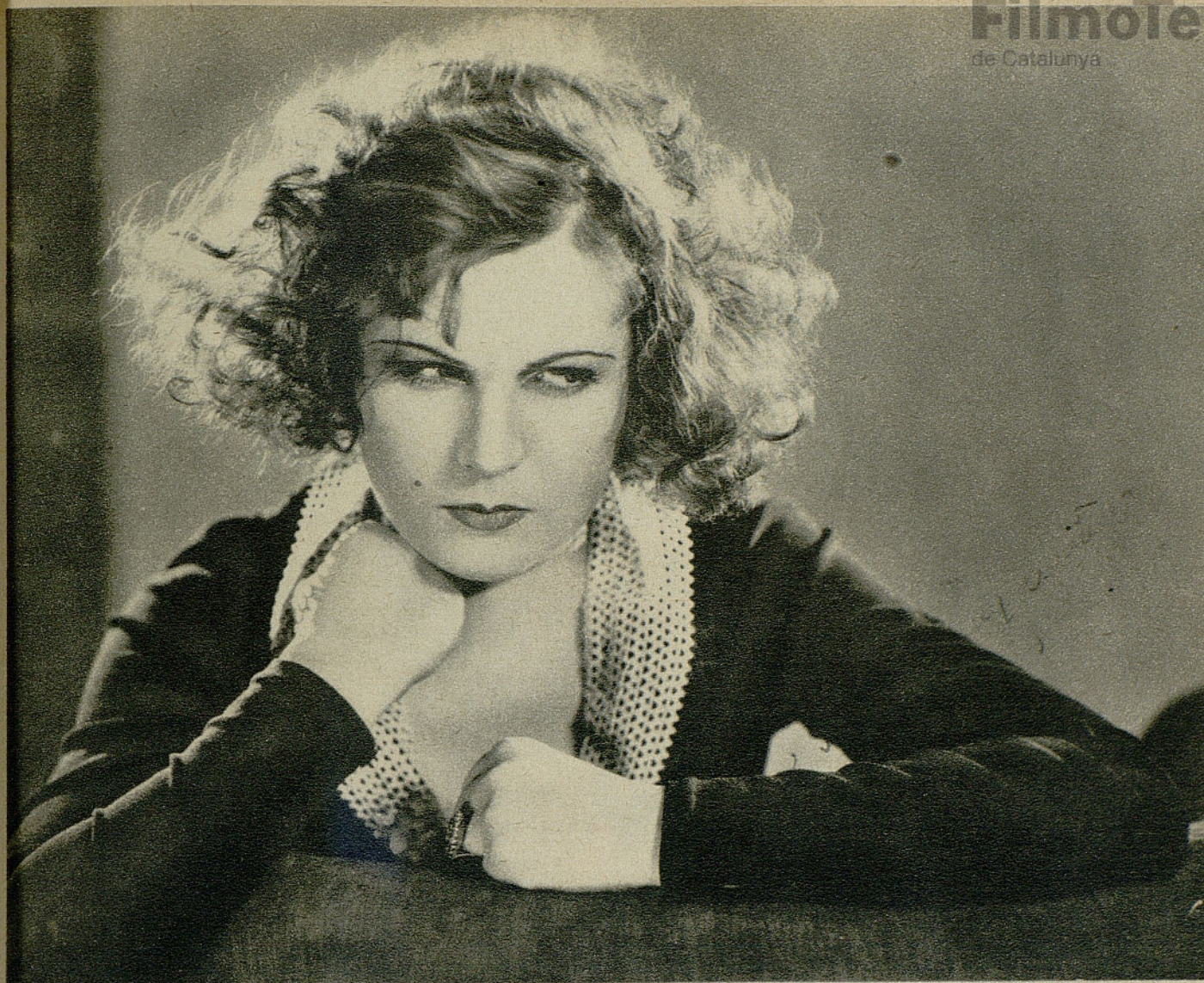
Un tren expreso. En la estación algunos abrazos de amigos. Alguna mano enguantada también de mujer. Aspiro con deleite una esencia costosísima que gustan mis sentidos. ¡Ella!; ellos. Gentileza. Amor.

DÍAZ GIMENO EN LA CALLE DE ALCALÁ. — Esta calle de Alcalá. Horteras, «niños bien» y toreros sin contrata. Veladores que cierran el paso a los peatones. Tenientes y capitanes del ejército que hacen sonar mucho las espuelas; rien a las mujeres guapas que pasan y discuten las obras del teatro muñozsequista. Viene a mi la figura dinámica y gentil de una bella y buena artista. Rosita Díaz Gimeno. Yo no quise entrevistar en París a esta muchacha; esperaba algo definitivo de ella. Ahora lo hago; en justicia, con méritos sobrados. Ha bastado solamente ver el trabajo de esta mujer en un solo film, «Su noche de bodas», para encumbrarla. Lo digo yo hoy: el público, el gran público del cinematógrafo, acaba de lanzar a la actriz en ondas sensacionales de éxito (1). Rosita Díaz Gimeno se acordará de lo que yo digo hoy: firmará compromisos de empresas de cine con cantidades en blanco.

—¿Usted por acá, Rosita?—
Sonríe la artista, se alegra de ver a un buen amigo de París. Sus ojos negrisimos se prenden en los míos.

—He venido a Madrid por seis días. El domingo salgo para París nuevamente. Tengo que trabajar en dos películas. En uno de estos films encarno un papel importantísimo.—

(1) En los estudios Paramount de París (Joinville), que es donde actúa dicha actriz, no se permite presenciar a los periodistas corresponsales legalizados, las pruebas de los films realizados, y por este motivo no pude allá ver en la pantalla lo que es y lo que vale el trabajo de Rosita Díaz Gimeno.



«Paramount» empieza a darse cuenta del hallazgo.

El repórter insinúa con alguna picardía:

—¿Entonces, se encuentra muy contenta en París?

—Sí; muy contenta.—

Caminamos calle de Alcalá abajo. El silencio ha prendido en los dos.

Yo digo:

—Y Hollywood, Rosita. ¿No le tienta?

Ella me mira serenamente.

—No, no. Por hoy no me seduce.—

Insisto:

—Pues usted irá muy pronto a Hollywood. Allí se consagrará definitivamente.

—Usted estuvo. ¿Es alegre la vida?

—Esiuve unos meses. Residia en Brooklyn. Un cantante italiano que desconocía el inglés y deseaba visitar aquello. Acepté. A mí no me gustó. Se vive en un ambiente falso; lleno de prejuicios sociales. Usted, imprescindiblemente, debe ir a Hollywood. Por su talento merece estar en Hollywood. No se fie de las empresas. Si va, hágase pagar bien. La vida allí es aparatosa, carísima. Para actuar en un film o en dos, no vaya. Su prestigio rodaría a tierra. Un contrato en firme por cierto tiempo.—

Rosita se me queda mirando muy seria.

—¡Parece usted mi papá!

—¿Cómo fué dedicarse al cinema?

—Volví de una excursión de nueve meses con la compañía de Díaz Artigas. Habíamos estado trabajando por toda América del Sur. Cuál no sería mi sorpresa cuando al llegar aquí, a Madrid, me dice una muchacha de la compañía: «Chica, que te andan buscando de «Paramount»». Yo, extrañada, repuse: «¿A mí?» Mi compañera, que se llama Lolita, se asombró. «¿Pero no lo sabías?» «No», contesté. Era que me llamaban para hacer este papel en «Su noche de bodas». Después, durante la filmación de mi segunda película, «Lo mejor es reír», me ofrecieron un contrato por un año.—

Díaz Gimeno prosigue:

—Con Catalina Bárcena empecé de meritoria. He estrenado «El monje blanco», de Eduardo Marquina; «La muralla de oro», de Honorio Maura; «Vidas cruzadas», de Benavente. En «Susana tiene un secreto» hice un papel cómico que me proporcionó un buen éxito. Na-

da más he trabajado en estas dos compañías.

—Las mejores. ¿Cuál ha sido su momento más triste, Rosita?

—Cuando me embarqué para América con la compañía Díaz Artigas. Sabía que debía estar diez meses fuera de mi patria.—

Rosita Díaz Gimeno está suscrita a FILMS SELECTOS; ha leído muchas entrevistas más; por eso ella, sin preguntarle nada, me dice:

—Tuve una gran alegría cuando el señor Blumenthal me felicitó por mi actuación en el último film que interpreté. Para una mujer, eso la anima. Se tiene la satisfacción de saber que lo hace una bien.—

Quería preguntar otras cosas también sobre cine a Díaz Gimeno. Pero entonces esta entrevista resultaría ya vulgar como todas.

Yo quiero hacer una excepción en Rosita Díaz; homenaje del repórter a su talento artístico.

ENVÍO. — A Lise, en Madrid. — Algún día también, guapísima lectora de mi revista, podré charlar con usted de «cine».

En París, en Madrid, en «Hollywood». Usted tiene talento y es joven. Y usted, Lise, llegará a ser una gran actriz. Esa expresión de sus ojos es formidable.

Luis Sáinz de Morales (Madrid)



Norma Talmadge en una escena de la película "Noches de Nueva York"



Una interesante escena de la película "La dulce Kitty"



La Venus de América ingresa en un convento

Miss Dorothy Knapp es un ídolo de los públicos norteamericanos. Es en los Estados Unidos tan conocida y adorada, como lo fué en un tiempo la Mistinguette entre nuestros vecinos los franceses. Esta fama la debe miss Dorothy a su arte en las tablas y en la pantalla; pero, además, y muy principalmente, a su extraordinaria belleza.

Es la suya una belleza de conjunto. No se limita al rostro, no se limita a la figura, y, mucho menos, a detalles de la figura. Desde el cabello ondulado, dividido en dos crenchas que sirven de marco a las piedras preciosas de sus ojos, hasta la punta del zapato, estuche de una flor de nácar con cinco rubies sobre cinco pétalos, de cáliz graciosamente encorvado, ni un solo detalle rompe la armonía de su belleza.

Huelga hacer una descripción de la beldad. A estas líneas acompaña un retrato. Imagínese el lector los tonos más delicados de rosa y de nieve, de azul sombrío y de rojo profundo; distribúyalos en ojos, mejillas, labios, piel, siguiendo el ejemplo de los maestros del pincel que han sabido inmortalizar sobre un lienzo la belleza femenina; dé vida a la imagen; añádale toda la movilidad, toda la gracia, toda la travesura de que es capaz una mujercita de veinte años, y conocerá a miss Dorothy como si la estuviera viendo.

Por algo la llaman en los Estados Unidos «la Venus de América».

Triunfó por unanimidad en varios concursos de belleza de Atlantic City y estos éxitos hicieron brillar su nombre en toda América. Siguiendo la táctica yanqui, un empresario de Broadway quiso explotar la popularidad de la Venus moderna y le ofreció un contrato.

No se detuvo a comprobar si poseía alguna aptitud artística. Eso era lo de menos. El público iría a ver a la Venus de América aunque ésta no acertara a hacer nada más que mostrar el máximo de atractivos que integran el conjunto de su belleza. Hay gracias que substituyen a las del arte ventajosamente, sobre todo para cierta clase de público. Los empresarios cinematográficos hacen lo mismo. Contratan heroínas que han cruzado océanos en avión o estrechos a nado sin ni siquiera exigirles que sean fotogénicas.

Pero esta vez la sorpresa fué mayúscula. El empresario de Broadway, Flo Ziegfeld, quedó estupefacto al ver que aquel bibelot del que decía que era «la muchacha mejor formada que había pisado su escenario» — standar de bellezas mundiales —, era, además, una formidable «vedette». Del puesto insignificante que le había reservado en sus «Follies» pasó aquella misma noche, la primera, a ocupar el sitio de primera estrella de la compañía.

Al mismo tiempo que su fama de artista se consolidaba, el gran pintor Howard Chandler Christy la requirió para que le sirviera de modelo y acabó de darle el nombre que tiene hoy. Su brillante éxito continuó al desempeñar el principal papel de «Vanities», revista presentada por Earl Carroll, otro rey de los espectáculos broadwayanos, y, por si todo esto era poco, ingresó en los estudios de Hollywood, triunfando en el film «Nove But The Brave».

La pantalla, con su mágico poder de difusión, ha paseado las gracias de miss Dorothy por medio mundo, y, como consecuencia, la adoración de sus compatriotas ha creado un ambiente de idolatría en torno de ella.

Durante unos meses miss Dorothy ha sido la mujer más codiciada de los Estados Unidos. Reyes de la industria, príncipes del arte, de la gallardía y de la fama consideraban la mano de la Venus como su aspiración suprema. Millares de ensueños y de ilusiones convergían en la nueva estrella de la pantalla. ¿Qué más podía desear miss Dorothy?

Muchas mujeres se hacían esta pregunta, un tanto espolvoreada de envidia, añadiendo que, si existía la felicidad, ese supremo tesoro estaba en manos de miss Dorothy.

Pues bien, miss Dorothy no es feliz. Confiesa que se ha equivocado al creer que la gloria, la idolatría y la fama eran los supremos presentes a que su alma de mujer podía aspirar.

Y hasta tal punto desdeña todo eso, que está decidida a cambiar su camerino, siempre lleno de flores, por la humilde celda de un convento.

Se creyó en un principio que el rumor obedecería a una maniobra de reclamo, pero son ya muchos los reporteros que han comprobado la sinceridad de la determinación y muchos los periódicos norteamericanos que han dado la noticia respondiendo de su autenticidad.

¿Obedece el propósito de miss Dorothy a algún gran desengaño sufrido? ¿Es un empeño circunstancial debido a alguna convulsión íntima? No, y ese es el mérito principal de la actitud de miss Dorothy. Es — traducimos sus palabras — que su alma se encuentra descentrada en el ambiente de vanidades que rodea su vida actual.

Jamás, en sus luchas y en sus éxitos, ha dejado de sentir una fuerza misteriosa que la empujaba fuera del camino emprendido. Mil dólares semanales es el sueldo fijado en el contrato que tiene miss Dorothy con una casa de Hollywood. El contrato está próximo a expirar y la empresa le ha ofrecido otro en que el sueldo y las ventajas se multiplican. Pero la afortunada estrella, en vez de aceptarlo, ha comenzado sus gestiones para ingresar en un convento.

Y pronto la Venus de América, aislándose del mundo en la plenitud de su gloria, de su juventud y de su belleza, ofrecerá al mundo un ejemplo de espiritualidad y de modestia sin precedentes.

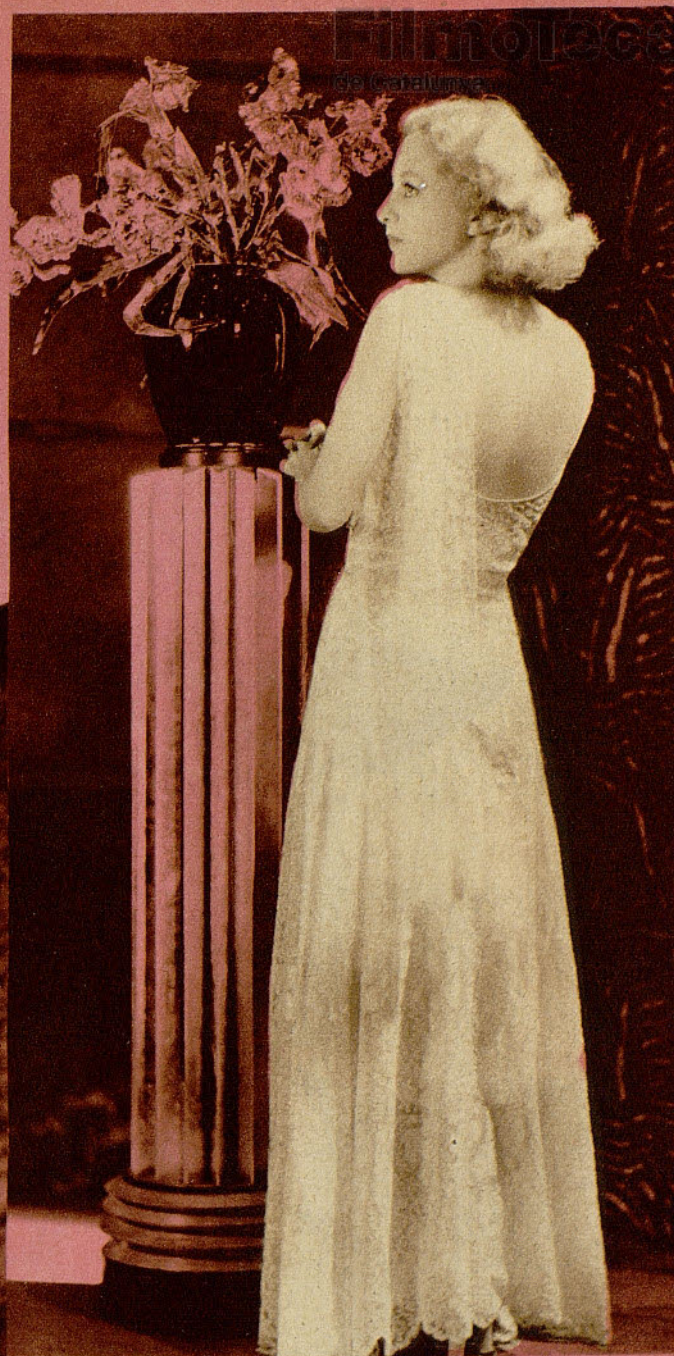
J. B. VALENO

EL CINE Y LA MODA

JOAN CRAWFORD

la bella y elegante estrella de la M.-G.-M. presenta

DOS MODERNOS Y ELEGANTES
VESTIDOS DE NOCHE

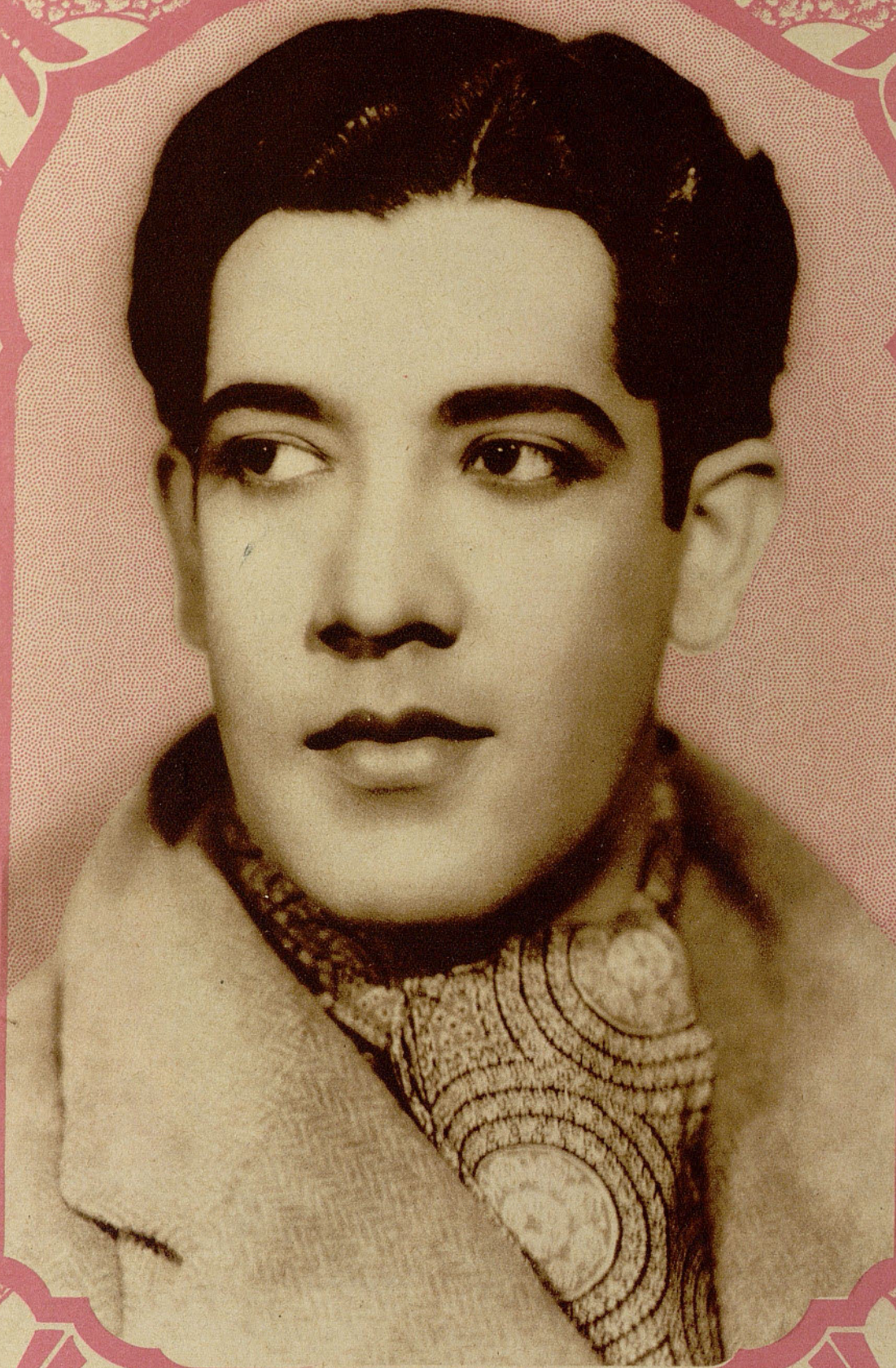


A la derecha de estas líneas, vemos a la eminente actriz, luciendo un riquísimo vestido de soiré, hecho de blonda y adornado con aplicaciones de satén. En la fotografía de la parte inferior, lleva un vestido de recepción, hecho de tejido de seda estampado; una amplia faja que se ata detrás formando lazada, ciñe el talle y hace abluser ligeramente el cuerpo; el vuelo de la falda empieza un poco más arriba de la rodilla. A. Planés

MG-13654



¿Recordáis a Chiquilín? Su gracia era extremada, sus expresiones encantadoras, hasta el punto de que una sola película, logró hacerle popular, exaltándole a estrella de primera magnitud. Pues bien, Chiquilín creció, dejando un vacío que parecía imposible, o siquiera, difícil de llenar. Pero como en el cine, nada hay imposible, se le ha encontrado sustituto y es cosa chocante, que éste sea precisamente su hermano, cuya fuerza de expresión, fotogenia y gracia infantil, según dicen, en nada ha de envidiar las de aquél. Así parecen destacar las tres fotografías que publicamos en esta central de Roberto Coogan, uno de los protagonistas de la película Paramount "Las peripecias de Skippy".



HOMBRES DEL DÍA

José Mojica, el admirado astro mejicano, de la Fox.

Las dotes de ingenio y talento que representa el aristocrático andaluz de este muchacho — que no tiene nada que ver con el de sangre —; la sencillez y atrayente caballerosidad con que siempre me ha distinguido y tratado y el lugar preferente que ocupa entre los toreros de hoy, me decidieron a entrevistarlo, pensando que su opinión podría interesar a los lectores. Y, por cierto, que no estoy arrepentido de ello.

Yo ya sabía que el viejo Bienvenida había dado a sus hijos una buena educación. Pero ignoraba que estos muchachos, que empezaron a torear siendo niños, la hubiesen aprovechado. Ahora compruebo que sí. Manolo habla de todo y de todo muy fácilmente y con poca originalidad.

Lo encuentro en la habitación del hotel en donde se hospeda y metido en la cama a las diez de la mañana, y, dando un salto de rano joven al verme entrar, se enfunda un batín y se deshace en disculpas.

—Es que voy muy flojo, ¿sabe usted?

—Yo lo que sé, Manolo, es que no hay forma de entrevistarlo si no es en la cama.

—Se refiere usted — me dice prontamente — a la que celebré con don Felipe.

—A esa misma. Pero no le llame don Felipe a Sassone, que es algo tan nuestro y tan español como los héroes del 2 de mayo. Y, a las figuras próceres, para distinguirlas de los demás mortales, se les llama por el apellido. Ese «don» lo extraña a mi intimidad de lector.

—Es por la diferencia de edad, ¿sabe usted?

—¡Pues es verdad! Perdóneme, Manolo. Como usted siendo niño ya era hombre, ahora que tiene diez y ocho años nos parece a los que llevamos diez años oyendo su nombre, que ya es usted viejo.

—Pues no lo soy; no, señor. Ni siquiera tengo la tristeza de los niños precoces — dice sonriendo.

—Aquí el único viejo que hay — interviene Gupa, el apoderado del torero en Barcelona, que presencia la entrevista — soy yo, que he envejecido esperando tu decisión para el contrato ese de que hablamos ayer.

—Pues sí; diga usted que sí — ordena el torero como si torear una co-



rrida más de las ochenta y ocho que tiene firmadas fuese cuestión de vida o muerte.

—¡Gracias a Dios! — exclama Gupa, saliendo hacia la cabina del teléfono.

—¡Si supiera usted que lo que más me gusta es torear! — se disculpa —. Bueno, torear y el cine — agrega espontáneamente y sin saber aún que la entrevista es para «Films Selectos».

—Pues me alegro mucho que le guste el cine porque me va a dar su opinión sobre ese arte.

—Verá usted. Lo primero en que pienso cuando veo una película y miro hacia el proyector es en ese ojo, que dicen que es de Dios, y que anda por ahí metido en un triángulo en las estampas piadosas. Únicamente que el cine tiene la virtud de dejar ver todo lo que ha visto. Y el ojo de las estampas, no. El ojo, dicen, lo ve todo, pero no enseña nada.

—¿Sabe usted, Manolo, que eso es original?

—No; es aprensión que tengo.

—¿Qué le gusta a usted más: el teatro o el cine?

Con el fin de dar más libertad para que los colaboradores expongan sus opiniones, la redacción no se hace solidaria del contenido de los artículos, que serán siempre del exclusivo criterio de sus autores.

—Más, ni una cosa ni otra... Igual las dos.

—¿Eso se llama diplomacia — comento riendo — o mano izquierda?

—No lo crea usted. ¿Acaso está reñido lo uno con lo otro? ¿No se puede ir a ver teatro de Benavente, Sassone... ¿Ve usted como le hago caso? Ya no le llamo don Felipe — se detiene incisivo —, Marquina y entretenerse también viendo películas?

—Sí, Manolo, se puede.

—Claro que el cine para mí tiene una preferencia. Para mí solamente. Y es que cuando sea viejo sabré cómo toreaba cuando era joven.

—Pues se enterará usted de que toreaba bien.

—Con respecto a mi época... Sabe Dios cómo se toreará de aquí a veinte años. — Habrá que torear bien, Manolo, porque el «ojo» del cine lo ve todo y luego lo enseña.

—Yo creo que la gente no se ha dado cuenta aún de eso. El cine está presente en todas

partes y es muy difícil que el que se estime en algo no ponga sus cinco sentidos en hacerlo bien. La franqueza de ahora y esa falta de hipocresía de que afortunadamente disfrutamos, es consecuencia del cinematógrafo.

—¿Le gusta el sonoro?

—Mucho. Figúrese usted el día que uno pueda tener en casa, coleccionadas, las ovaciones. ¡Qué alegría!

—Y las broncas — añado.

—Sí, señor, y las broncas. Nunca está demás. El reproducirlas nos servirán para no ensoberbecernos.

—¿Prefiere algún intérprete?

—Sí; Billie Dove.

—¿Y del sexo fuerte?

—A todos nuestros actores y a Charlot. A Charlot, desde que ha dicho que desciende de españoles, más que a nadie.

—¿Es usted patriota?

—Hasta allá... y vuelta para acá.

—Bueno, Manolo, hasta mañana y buena suerte...

Me despidió del torero en el momento que su madre lo llama al teléfono desde Sevilla para oír la voz del hijo que todos los sábados le arrebató la afición y los domingos, después de la corrida, se lo devuelve con un estruendo de Pascua de Resurrección.

ANTONIO ORTOS-RAWOS

PRESCINDAMOS de estrellas rutilantes. Lo esplendente, admiración de muchos, es sólo actuación de pocos. Para deducir la influencia del cine en la vida femenina de hoy, para hallar la relación establecida entre la mujer y el cine, no nos empinemos en las puntas de los pies, no alcemos la cabeza atraídos por el brillo cegador de los astros de primera magnitud. Miremos sencillamente a la altura de nuestros ojos, a la multitud rosada y gris de las muchachas de nuestro tiempo que tienden los brazos ágiles hacia el arte nuevo.

En realidad, el cine ha hecho a la mujer no pocos bienes. Se han ensanchado, merced a él, los horizontes, aún de las más caseras. Merced a él ha aprendido la mujer moderna a cuidar, de un modo refinado, la casa moderna. Gracias a él también se han elegantizado mucho, pero mucho, nuestras mujeres. Y la cultura media femenina, una cultura «para andar por el mundo», una cultura no honda, pero sí amplia que abarca mucho sin profundizar en nada, que tiene según la trase del famoso francés «clartés de tout», se ha extendido elevando notablemente su nivel y haciendo la vida de relación más discreta o más grata. Entre oír hablar a la más insignificante de nuestras amiguitas del arte de Greta Garbo,

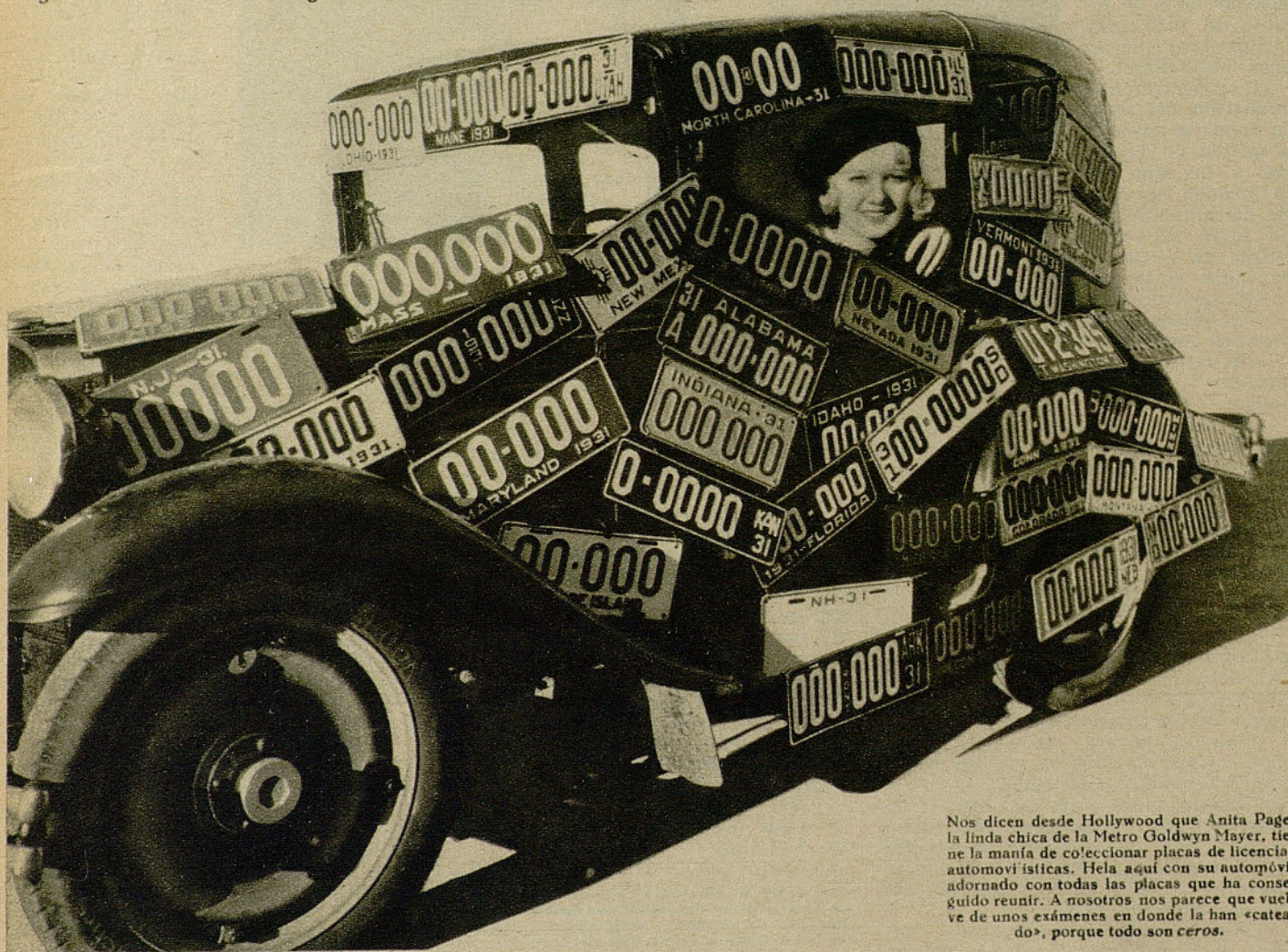
También ha abierto el cine a la mujer nuevos caminos. Desde el principio son muchachas las que trabajan en los talleres de películas, las que empalman y manipulan en la cinta de celuloide. Ahora, frente a este escalón humilde, vemos alzarse a la mujer también en el más alto punto, en el más importante cargo (siempre dejando aparte a las estrellas) de la cinematografía: en el de directora de películas.

Y todo esto lo ha logrado plenamente una mujer. ¿Qué no logrará en otras actividades más sencillas, como son las de directora del vestuario y los talleres; profesora de maquillaje, adornista de los sets, labores de oficina, etc., etc.?

Aparte del de estrella, reservado sólo a unas cuantas privilegiadas, el cinematógrafo abre a la mujer caminos nuevos... Caminos de arte y de industria, de inteligencia y de sencillo trabajo... No en balde, sin duda, alguien apuntó una vez la idea de que acaso en la colaboración femenina estuviera el secreto del éxito, todavía no logrado, de la película española, de nuestra película nacional.

Maria Luz Morales

Spencer's Morals



Nos dicen desde Hollywood que Anita Page, la linda chica de la Metro Goldwyn Mayer, tiene la manía de coleccionar placas de licencias automovilísticas. Hela aquí con su automóvil adornado con todas las placas que ha conseguido reunir. A nosotros nos parece que vuelve de unos exámenes en donde la han «cateado», porque todo son cerros.

Loretta Young

Nació a orillas del Lago Salado, en Utah, el 6 de enero del año 1915, llamándose Margarita Young y cambió su nombre por el de Loretta al empezar su carrera cinematográfica.

Es la menor de tres hermanas muy bellas, siendo las dos mayores Polly Ann Young y Sally Blaine, ambas artistas de la pantalla. También tiene un hermano, Jack, flamante abogado, y una hermanita que se llama Georgiana, y que está demasiado ocupada con sus muñecas para pensar en la carrera que ha de seguir.

Loretta, que desciende de padres anglofranceses, ha sido educada en el convento de San Ramón, en Los Angeles, y después de hacer su debut en la pantalla, atendiendo a su extremada juventud, los profesores del estudio First National se encargaron de completar su educación. Ha tenido por maestros de baile a Ernest Belcher y Ruth St. Dennis, y hoy día se distingue tanto en los bailes de sociedad como en los clásicos y modernos.

Su primera ambición fué emular los triunfos de la difunta Ana Pavlova, mas después se decidió a ser estrella cinesca. Tal vez el origen de esta decisión date desde la temprana edad de cinco años, en que Loretta fué llevada a un «set», en el que se estaba haciendo una película de Fanny Ward.

Su carrera en la pantalla empezó casi por casualidad: Mervyn Le Roy, el director de la First National, encontrándose en un apuro, telefoneó a casa de los Young para asegurarse los servicios de Polly Ann, pero ésta hallábase fuera de la ciudad y Jack, que estaba al teléfono, contestó:

—Mi hermana mayor está de viaje; pero aquí tenemos a la tercera que se le parece mucho.

—Mándemela usted en seguida —fué la breve respuesta del director.

Y al ver a Loretta quedó tan sorprendido de su graciosa desenvoltura, que se la presentó a Colleen Moore, y como prueba se le dió un papel en «Travesía, pero simpática». Poco después fué escogida entre cincuenta candidatos, para representar con el difunto Lon Chaney, la cinta «Rie, payaso, rie», y al quedar ésta concluida, firmó su contrato con el estudio «First National», siendo su primer papel de importancia, el que desempeñó frente a Richard Barthelmess en «Mar rojo».

Loretta es una incondicional entusiasta de la pantalla, y concurre a los cines, siempre que sus ocupaciones se lo permiten. Tiene un álbum en el que pega los recortes de cuanto dice la prensa de su trabajo. Su film predilecto y en el que supone haber rayado a mayor altura, es «Vida rápida»; y, en cambio, le parece muy deficiente su actuación en «La niña en la jaula de vidrio». Sus favoritos de la pantalla son: Ronald Colman y Ruth Chatterton. Entre los autores dramáticos prefiere a Frederik Lonsdale. Si tuviera que dejar de ser estrella de cine, se dedicaría a bailarina.

Exceptuando su profesión, lo que más le interesa es el arte de la danza en todas sus manifestaciones. Es una excelente



danzarina; pero con loable modestia reconoce que aun le falta aprender mucho para llegar a ser una eminencia. Gusta de vestirse en Nueva York, pero rechaza las modas de París, por parecerle sobrado exageradas.

No sigue ningún sistema especial de entrenamiento, pero practica por gusto los deportes de la equitación y la natación. También es aficionada a presenciar algún partido de foot-ball, o polo; así como a asistir a las carreras de caballos. Entre los juegos de sociedad sólo le gusta el ping-pong, y nunca juega a las cartas.

No es partidaria de la dieta.

—Como todo lo que me gusta, y en la cantidad que me pide el cuerpo — dice a cuantos la interrogan sobre el particular.

(Continúa en la página 22)

Artistas hispanoamericanos del cine hablado



Juan de Homs, María Alba, Gabry Rivas, Elvira Morla, Carmen Rodríguez y José Crespo, en un descanso de la filmación de «Olympia»

La «Metro-Goldwyn-Mayer» ha reunido un grupo de artistas de habla española para la producción de sus películas parlantes.

La elección — que en estos momentos no puede ser muy escrupulosa — está bien orientada, y el resultado ha sido favorable para los artistas españoles, que han demostrado las mejores aptitudes para la evolución del cine. El principal elemento del grupo de artistas para la edición sonora, es un valor positivo de la escena española: Ernesto Vilches, tan codiciado de todos los públicos, que, en el cine hablado, se puede prodigar en todos los países de habla española al mismo tiempo.

¡He aquí una de las ma-



Ernesto Vilches y María F. Ladrón de Guevara, en una escena sentimental de «Chéri Bibi»

yores ventajas del cine hablado!

El que un artista de méritos múltiples pueda prodigarse, y el que su arte perdurará a través del tiempo.

Las supremas caracterizaciones de Vilches y sus grandes interpretaciones se eternizarán por este nuevo invento. El matiz de voz — adaptado gradualmente a los diferentes tipos que crea — quedará, como queda la obra de un escritor, de un pintor, de un arquitecto, de otro cualquier artista que da su personalidad al arte.

¡Bienvenido el cine hablado, que recogerá el ar-

te escénico en todas sus grandes modulaciones! Si este invento se hubiese llegado a descubrir muchos años antes, no hubiera muerto Tallaví, María Guerrero y otros artistas contemporáneos que han dado días de gloria a la escena española. Hubiese muerto el cuerpo, pero el espíritu, el arte, hubiese quedado entre nosotros por tiempo indefinido, y su gloria no se olvidaría en el transcurso de los años.

Nunca es tarde la llegada del resultado de los estudios de un sabio, pero siempre es de lamentar que no haya llegado antes, para aprovecharlo más ampliamente.

Ernesto Vilches ha filmado varias películas para la «Metro», y le han seguido en méritos artísticos la pareja María Fernanda Ladrón de Guevara y Rafael

Rivelles, que tantos éxitos llevan al cine conquistados en el teatro.

La espléndida belleza de María Fernanda puede

competir con las «estrellas» hasta aquí destacadas en el cine silente, y el arte de excelente actriz, como el de su esposo, está

por encima de las muchas figuras contratadas para la producción del cine hablado.

Juan de Landa, excelente protagonista de «El presidio», sigue trabajando en otras películas habladas de la «Metro» y, según dicen, con el mismo acierto que en la primera, que logró el aplauso de la opinión.

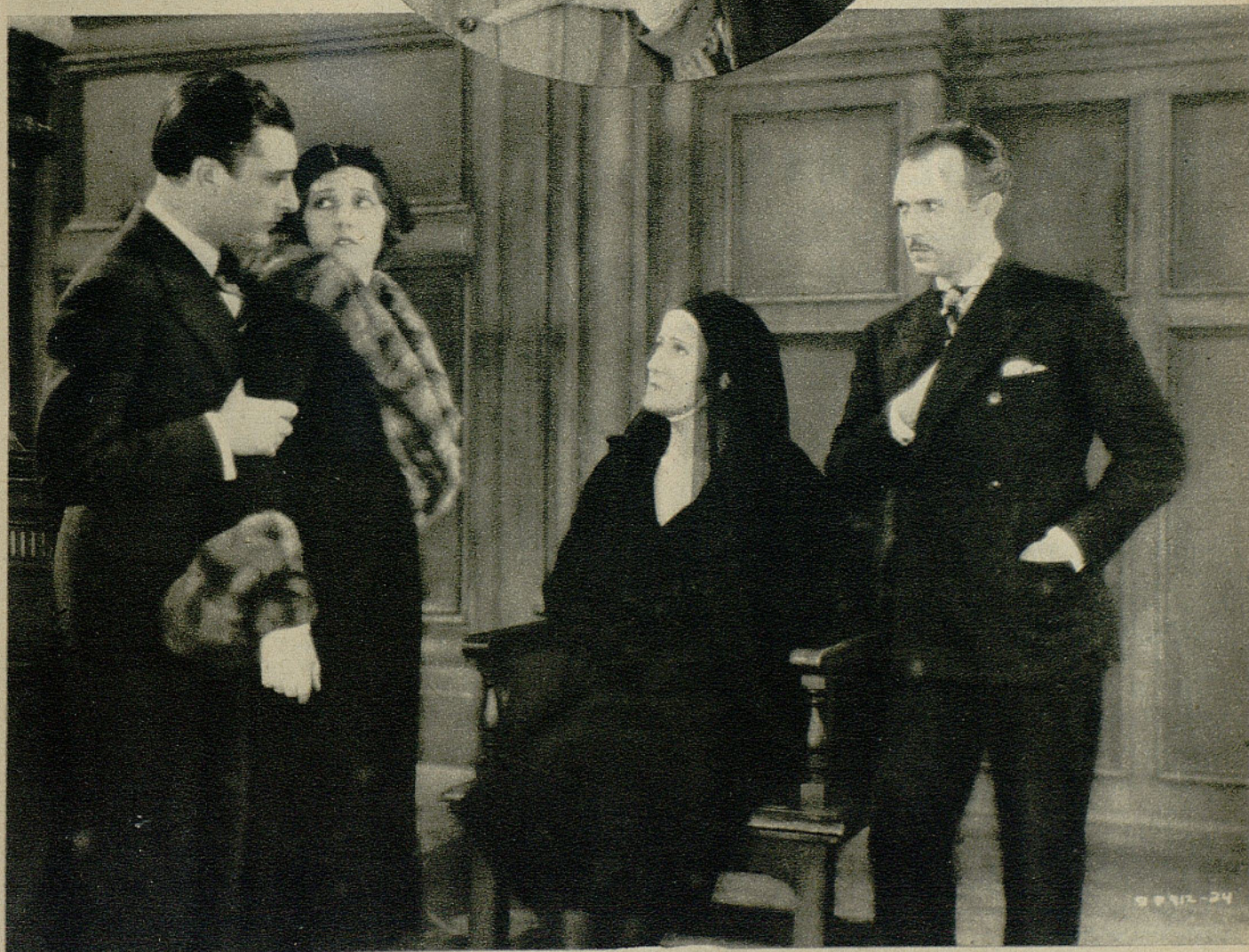
María Alba y Conchita Montenegro siguen en carrera ascendente sus triunfos, así como José Crespo, Carmen Rodríguez, Ramón Navarro, Juan de Homs, María Tubau, Virginia Fábregas y Tito Davison.

Las películas hechas por esta pléyade de artistas de habla española, han conseguido destacarse, y los defectos en que hayan podido incurrir los evitarán, con la práctica, en producciones sucesivas

S. I.



Virginia Fábregas y Juan de Landa muestran, en esta emocionante escena de «Estrella Negra», su gran maestría artística



Rafael Rivelles, Elvira Morla, María F. Ladrón de Guevara y José Crespo en una escena de «El proceso de Mary Dugan», de la que son afortunados intérpretes

FILMS SELECTOS

Las omisiones en el cinematógrafo

(Continuación de la página 5)

Recordemos una omisión que tiene una gran fuerza expresiva: en la adaptación cinematográfica de la obra de Molière, «Tartuffe», dirigida por Murnau y editada por la U. F. A., se llega por omisión a un efecto, a una gran elocuencia. Un hombre y una mujer entran en una habitación, cerrando tras sí la puerta... En la pantalla se proyecta por espacio de algunos momentos la proyección de la puerta cerrada... Nada más.

Otra omisión: en «Sin novedad en el frente», cuando rueda el disco de gramófono en la soledad de una estancia, en la que hay una mesa con algunos fiambres, algunas botellas, y en la que momentos antes comían animadamente tres alegres parejas de soldados alemanes y campesinas francesas...

Otra omisión: en «Mare nostrum», de Blasco Ibáñez, la escena del fusilamiento de la espía Freya, es acertadamente escamoteada, produciendo en el espectador una fuerte emoción.

Finalmente: en «Las luces de la ciudad», el último admirable film de Charlot. Cuando éste, enguantadas las manos con guantes de boxeo se siente de pronto acometido de una imperiosa necesidad... Su compañero le indica un lugar concreto. Todo esto es absolutamente silencioso, sin un título... Charlot va al lugar aquel, y regresa al cabo de un instante para rogar a su compañero que le quite los guantes...

El efecto logrado es de una comicidad absoluta. Aquí no hay una verdadera omisión, sino más bien un hábil escamoteo del mejor efecto...

Por uno y otro procedimiento logra en muchas ocasiones el cinematógrafo obtener grandes emociones.

FRANCISCO CARAVACA

LORETTA YOUNG

(Continuación de la página 19)

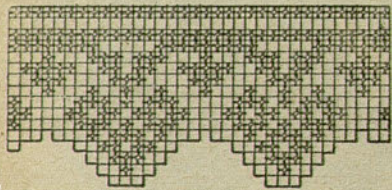
Y su plato favorito es un puding de queso, hecho según una antigua receta especial que posee su madre. Loretta no oculta su desconocimiento del arte culinario y su escasa afición a las tareas domésticas.

Según afirma ella, no tiene secretos de tocador, ni ganas

LABORES DEL HOGAR

Revista mensual, dedicada a trabajos artísticos del hogar

ES una revista de suma utilidad para modistas, colegios de niñas, etc., porque, además de las que podríamos llamar labores clásicas (como encajes de bolillo, de richelieu, de Venecia, calados, etc.), publica también bellísimos trabajos modernos del hogar y arte aplicado, inspirados siempre en la última palabra de la modernidad.



Tan práctica es, que presta igual utilidad a la profesional en labores como a la que sólo o empieza a trabajar en ellos.

Aparte de los varios grandes suplementos a todo color, cada número contiene una selecta variedad de trabajos, profusamente ilustrados, con clarísimas introducciones para la más fácil ejecución.

Bordados - Ganchillo - Encajes - Malla - Calceta

Ejemplar suelto
75 céntimos.

Un semestre,
4 pesetas.

Si no conoce usted la revista y le interesa un número de muestra, recorte y llene el siguiente cupón, y

Se lo mandaremos gratis

LABORES DEL HOGAR

Diputación, 211, Barcelona
Valverde, 30 y 32, Madrid

Agradezco me remitan gratis el número de muestra que ofrecen en FILMS SELECTOS

Nombre

Domicilio

Población

Provincia



Depilatorio PERLINA

NOVEDAD CIENTÍFICA

EXENTO DE OLOR DESAGRADABLE

EXQUISITAMENTE PERFUMADO

Blasco-Barc 1 na

Tarro, 3 ptas.
Sobre, 0 50 ..

de adquirirlos. Jamás se ha preocupado de su belleza. Emplea el maquillaje indispensable para su trabajo; pero fuera del estudio, a lo sumo unos polvitos en la nariz, si está el tiempo frío.

Sus ocupaciones predilectas son comprarse bonitos vestidos, bailar y concurrir a los cines. Le gustan las novelas, pero no tiene autor favorito. Carece de opiniones políticas y no tiene afición a los baños, porque según dice, no le gusta tener el pelo lleno de arena. Siente especial aversión a los maestros de escuela, no personalmente, pero sí como tipo. No es derrochadora ni avara, sino que en sus gastos se mantiene equidistante de los extremos. Posee dos autos, un Cadillac y un Buick.

Está casada con Grant Withers, habiendo empezado estos amores cuando ambos trabajan en «El misterio del cuarto segundo». Como la madre de la novia se opusiera a las relaciones, alegando la escasa edad de su hija, la enamorada pareja se fugó en aeroplano a Yuma, Arizona, donde se casaron el 26 de junio del año 30, y volvieron en busca de la bendición paternal. No la obtuvieron y hasta se habló de anulación del matrimonio, pero todo concluyó, o mejor dicho empezó felizmente, y la parejita pudo disfrutar la luna de miel en el piso que había instalado con el mayor secreto.

Loretta Young mide 1'57 metros de estatura y su peso es de 53 kilos. Tiene los ojos azules y el cabello castaño.

Sus cintas más recientes son «El camino del Paraíso», «El hombre de Blankleys», «Kismet» y «La muchacha de negocios».

OPINAMOS QUE

ORIENTE Y OCCIDENTE, película de la «Universal», interpretada por Lupe Vélez y Barry Norton.

De nuevo hemos podido acudir al flamante salón de la Plaza de Urquiza, atraídos por la golosina de un estreno.

Un estreno que se titula «Oriente y Occidente», y ha resultado una producción «universal» en toda la extensión de la palabra. Se habla en ese film del castellano a la usanza española, el castellano a la usanza sudamericana, el castellano a la usanza yanqui, el castellano a la usanza china, y, por fin, el mismísimo chino a la usanza de China, que, aunque no lo entendimos, podemos asegurar que nos lo parecía.

Se trata, al principio, de un mercado chino de compra y venta de mujeres. Una de ellas, muy hermosa, inocente y seductora — la protagonista, claro está — es comprada en este mercado y transportada a San Francisco, donde tras las consiguientes aventuras y desventuras, consigue enamorar a un joven yanqui, el «guapito» Barry Norton. La sociedad elegante se escandaliza del noviazgo que se le anuncia entre un blanco y una amarilla, y está ya a punto el caso de degenerar en horripilante drama, cuando aparece, de pronto, el padre de la china de marras, presentando un papel misterioso. Este papel lo lee el padre del novio, luego la china, luego un chino influyente, luego... todo el mundo que llega, y todos saltan de gozo y alegría y rebotan alborozados, sin que, a todo esto, se haya enterado aún el respetable público de lo que se dice en aquel papel misterioso. Por fin, alguien dice que «no es amarilla», y entonces sabemos que aquella chinita tan simpática no es chinita ni amarilla, sino tan «blanquita», como los mortales que son blancos. Total, nada: un simple cambio de color, advertido por un papel misterioso. — L. C. R.

¿MI PRIMER AMOR?

Confidencias de RAMÓN NOVARRO

UNA ciudad mejicana a orillas del golfo que lleva el nombre de ese país donde un sol de fuego y una naturaleza exuberante comunican a las almas su pujanza y su ardor.

Yo estudiaba en la Universidad de esa población costera y alternaba la aridez de los libros de texto con las delicias de la ensoñación, pues la virtud o el defecto de soñar era, desde hacía mucho tiempo, cualidad inseparable de mi espíritu, rasgo absorbente de mi carácter.

Una tarde, como otras muchas, después de dos horas de lucha con las matemáticas, luchas de las que resultaba siempre tan abrumado y maltrecho como don Quijote después de sus lanzazos a los molinos, me dirigí al Jardín Botánico, magnífico parque donde las tupidas alamedas ponían al sol un filtro verde y grato a la vista, donde una sinfonía de perfumes y colores triunfaba por doquier y donde todo reposaba en una paz augusta y envolvente que se comunicaba a las almas con fuerza irresistible.

De pronto, algo más hermoso que mis sueños me hizo volver en mí y detenerme. Allí, muy cerca, había un banco y en el banco una mujer.

Era una joven de belleza excepcional. Estaba leyendo y sus pestañas caían sobre sus ojos como una cortina de seda y terciopelo dulcemente sombría. Se veía su frente blanca, inteligente, ceñida por la corona de unos cabellos oscuros y brillantes; se veía su perfil virginal, de corrección clásica; se veían sus manos de nácar prendidas al libro.

Estaba tan asombrado que, sin darme cuenta de mi incorrección, me quedé allí como una estatua, mirándola con descarada fijeza.

Ella, inopinadamente, por azar, levantó los ojos del libro y al verme se sobresaltó de tal modo, que el tomo se le cayó de las manos. Me apresuré a recogerlo y, cuando se lo iba a entregar, pude leer el título: «El arquero divino», por Amado Nervo.

Se comprenderá que volviera a cometer la incorrección de quedarme embozado contemplando a la lectora, cuando diga que Amado Nervo era mi poeta favorito.

¿No demostraba aquella coincidencia una favorable afinidad de sentimientos?

Pero la joven me miraba, un poco sorprendida de mi extraña actitud y volví a la realidad para disculparme.

—Perdóneme si la he asustado.

—¡Estaba tan absorta en mi lectura...!

No había en su respuesta dureza ni rencor. Ello me animó a decir:

—¡Qué casualidad! Amado Nervo es mi poeta favorito.

Hallaron mis palabras una res-

(Continúa en la página 24)





FRASCO: 6 PESETAS
En dos tonos:
N.º 1 para rubias N.º 2 para morenas

HELIOBRUN

Preparado científico para proporcionar a la piel el tono bronceado de moda que usted desea. Único producto en su clase que no es un tinte líquido. Es una esmerada y maravillosa selección de vegetales que proporcionará color y atractivo a su cuerpo. Recomendado por su acción benéfica y sedante después de un baño de mar.
¡¡Ensáyelo una vez y no usará otro!!

De no encontrarlo en casa de su proveedor remítanos, el siguiente cupón

a PERFUMES DULCINEA

Nombre Dirección
Ciudad Provincia
Remite pesetas importe de frascos

¿MI PRIMER AMOR?

(Continuación de la página 23)

puesta generosa y nos enzarzamos en una charla que duró hasta el atardecer.

Ni que decir tiene que aproveché todas las oportunidades para demostrarle mi admiración. Al despedirnos se había establecido entre nosotros un fuerte lazo de simpatía.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? — le pregunté audazmente.

Ella sonrió al mismo tiempo que hacía un gracioso gesto.

—¿Quién sabe! Acaso algún día me decida a escribirle. —

Y la vi alejarse, esbelta y gentilísima, bajo las bóvedas sombrías, saturadas ya de los primeros hálitos de la noche.

¿Cumpliría la promesa que, aunque veladamente, me había hecho de escribirme? Esta fué, en los días siguientes, mi pregunta de todos los momentos.

Una mortal zozobra se había apoderado de mí. En vano trataba de estudiar para distraerme. Los libros de texto quedaron amontonados en un rincón, y los sustituía por mis obras literarias favoritas. Pero tampoco estas lecturas llevaron la tranquilidad a mi espíritu. Sólo pensaba en ella, sólo vivía para ella. Y conforme los días pasaban y no llegaba el esperado aviso, un angustioso desaliento se iba adueñando de mí.

Pero, al fin, la carta llegó. Dos líneas indicando un lugar y una hora. Debajo había un nombre que deseo callar.

Este segundo encuentro tuvo una emoción inefable. Al reunirnos ahora llevábamos largos días de unión sentimental a través de las distancias. Acaso su espera había sido una lucha. Acaso también ella había llegado a convencerse de que anhelaba aquella nueva entrevista.

Hablamos de mil cosas y todas, al tratarlas con ella, me

parecían igualmente cautivadoras. Lo más vulgar adquiría en sus labios el esplendor y la dulzura de un poema.

Nos tuvo que avisar un guarda de que iban a cerrar el parque, y, antes de despedirnos, ya habíamos fijado la fecha y la hora del tercer encuentro.

A partir de aquí, esta historia entra en un periodo de exquisita delicadeza, de intimidad dulcísima, que no me creo con derecho a publicar. Sólo diré que el idilio duró meses enteros, que obtuve varios suspensos en los exámenes y que mi padre me puso un telegrama ordenándome el inmediato regreso.

La forzosa separación fué para nosotros un desgarramiento cuyo dolor me parece estar sintiendo todavía.

No la he vuelto a ver. Ni he vuelto a saber de ella.

LAS COLECCIONES DE POSTALES



LAS ESTRELLAS DEL CINE

le proporcionan a Vd. la oportunidad de poder poseer, en forma artística, elegante y a precio verdaderamente económico, una COLECCIÓN COMPLETA de todos los Artistas Cinematográficos notables, constituyendo una VALIOSA Y ÚNICA colección que siempre le será grato admirar.

Colección de 8 postales y suplemento con las biografías Treinta céntimos. Hemos publicado 25 colecciones o sea 200 fotografías y biografías de los más populares Artistas del Cine.

REGALO EXCEPCIONAL

Enviando Ptas. 7'50 le remitiremos franco de portes y embalaje las 25 colecciones publicadas o sea 200 tarjetas postales con las biografías correspondientes y UN MAGNÍFICO ÁLBUM para coleccionarlas.

Envíe el importe de Ptas. 7'50 por giro postal o sellos de correo a Editorial Gráfica - Rambla de Cataluña, 66 - Barcelona

HISTORIA
NATURAL DE LA CREACIÓN
(Magnífica obra en cuatro partes)

TESORO DE ARTE UNIVERSAL
(Suntuoso portfolio artístico)

LA HISTORIA DE ROMA
por F. Lamé Fleury

ESTAS TRES OBRAS LAS REPARTE EN FOLLE-
TÍN ENCUADERNABLE EL SEMANARIO

A L G O

En todos los quioscos: 50 céntimos.

comprendiendo que la respuesta de Teresa no sería la que él ambicionaba.

La señora Harkness le miró anonadada y confusa, porque apenas entendió la mitad de sus palabras. Frunció el ceño y se quedó con la boca algo abierta. No sabía lo que le pasaba, a causa del asombro que le causaron las noticias que acababa de oír con respecto a su amo y por las consecuencias que ello pudiera tener para él. En segundo término se hallaba su interés por la joven y por su porvenir. Deseaba que ésta llegase a ser feliz, pero más aun ambicionaba la dicha de su amo. Y no sólo que fuese dichoso, sino también que su vida fuese digna y honorable. Y si era cierto que nunca más sería libre y que tampoco alcanzaría la

semilibertad que da el divorcio, era evidente que en beneficio de ambos tendrían que separarse los dos amantes.

— ¡Señorita Desmond! — repitió maquinalmente. — Mejor haría usted refiriéndose a la señorita Divina.

— Su verdadero nombre es Desmond — replicó Nazlo. — Mas no nos entretengamos en estos detalles; lo que quiero es que la aconseje usted en seguida. ¿Qué le parece que debe hacer, señora Harkness? ¿No cree usted que su único recurso es casarse conmigo?

— Así Dios me ayude, pero creo que tiene usted razón, señor Nazlo — tartamudeó la anciana. — Creo que eso será lo mejor y la única solución digna para la señorita y para mi amo.

CAPÍTULO XXXVIII

En cuanto la señora Harkness hubo pronunciado estas palabras, reinó un momento de silencio.

El sol había desaparecido ya, pero en el cielo aun se veían algunas nubes rojizas, como la diadema de una reina *Ouled Nail*. La brisa había refrescado, y a Teresa le pareció que por sus venas corrían partículas de hielo. Y deseó que la obscuridad, que empezaba a invadirlo todo, fuese una oleada que la ahogase y que arrebatase su cuerpo hacia lo lejos.

— ¿No quiere usted contestar, señorita Desmond? — preguntó Nazlo por fin. — Ahora que lo sabe usted todo, comprenderá que merezco una respuesta.

— Tal vez la merezca usted — contestó Teresa, — mas no puedo dársela esta noche. Y aunque lo hiciese, no sería... No. Antes volvería al convento y profesaría, que casarme con un hombre al que no quiero y más teniendo en cuenta que amo a otro.

— Pero el amar a ese otro la hará

a usted mucho más desgraciada de lo que ya es — le dijo Nazlo con acento de bondad. — Para él también sería preferible que usted se casara, porque entonces ya no tendría que pensar en usted ni trataría de volver a verla. Por lo menos, eso es lo que creo de un hombre como Sheridan. ¿No es así, señora Harkness?

— Sí, señor — replicó la anciana. — No tengo más remedio que convenir en que es verdad lo que usted afirma. ¡Oh, éste es un caso muy triste!

— Por esto conviene salir de él lo mejor que se pueda — continuó diciendo Nazlo. — Si quiere usted a Sheridan más que a sí misma, niña mía, no tendrá más remedio que contestarme...

— Desde luego, le quiero más a él que a mí misma, pero ahora no contestaré cosa alguna — replicó Teresa con la tranquila obstinación heredada de su madre. — Ante todo he de reflexionar.

— ¿Quiere usted decir que desea hablar de ello con Sheridan?

Tal decisión, por parte de la joven, resultaba muy desagradable a Nazlo,

CAPÍTULO XXXVII

CUBIERTO de arena de pies a cabeza, Nazlo echó pie a tierra ante el Hotel de Boussaada y discretamente preguntó por *monsieur Sheridan*.

— *Monsieur* había salido en *automobile* — según le dijeron — hacía algunas horas, y *mademoiselle*, acompañada por *madame*, hacía poco rato que salió en dirección al río. *Monsieur* creía estar ausente durante aquella noche, pero sin duda *les dames* volverían después de la puesta del sol para cenar.

— Pues yo iré también al río, a su encuentro. Proporcionenme ustedes un muchacho para que me indique el camino más corto — dijo Nazlo. — Necesito dos habitaciones en el hotel, para mí y para mi *chauffeur*, durante una o dos noches o quizás más. No hay necesidad de que me enseñen la mía. Gracias.

Le importaba que le indicasen el camino más corto, porque si el coche grande no había sufrido una *panne* providencial, llegaría antes de un cuarto de hora. Nazlo creía tener quince minutos disponibles, porque a pesar de la mayor potencia del coche grande, pudo aventajarlo gracias a que, a cambio de una propina, su *chauffeur* consintió en seguir el camino en línea recta, abandonando, si era preciso, la pista, cosa que el coche de Sheridan no podía hacer para no hundirse en la arena. Durante el viaje, Nazlo llegó a perder de vista a su competidor. Además, cuando Sheridan llegase al hotel, se encontraría con que la joven no estaba. Tal vez se entretuviese, porque la buscaría en su cuarto, y en cuanto descubriese que había salido, perdería también unos minutos preguntando. Era, pues, posible que Nazlo dispusiera de veinte minutos de conversación a solas con Teresa. Y en este espacio de tiempo podían hacerse muchas cosas.

Para Teresa había desaparecido ya el encanto del desierto. Estaba entonces de peor humor que en otra ocasión cualquiera de su vida y le parecía hallarse sumida en una obscuridad que nada sería capaz de disipar.

Su hermana Julia era una mujer a quien todo el mundo parecía tener derecho a insultar. Y ella misma no era la más indicada para casarse con Miles Sheridan. Este no debería amarla. Sería mejor para él que no volviese a verla. Teresa no podía abandonarlo durante su ausencia, si bien se deseó la muerte rápida — poco dolorosa, — antes de que regresara Miles. Pero luego, al pensar en que no volvería a verlo y en que, en plena juventud, abandonaría el mundo, las lágrimas asomaron a sus ojos. Mas no las dejó salir, porque deseaba evitar que la señora Harkness se diese cuenta de su llanto y empezase a interrogarla. La buena anciana no tardaría en llamar a la puerta de su cuarto y sería peor no dejarla entrar que permitirle el paso.

La señora Harkness se figuraba que la joven dormía la siesta durante aquellas horas calurosas del día y, por consiguiente, resolvió dejarla descansar. Llamó a la puerta a hora avanzada de la tarde y entonces Teresa salió. Guareciéndose por medio de sus sombrillas, se dirigieron al río y se sentaron a la sombra de un montículo de arena, observando los juegos de los niños árabes, algunos de los cuales iban desnudos, y vieron que las niñas vestían como personas mayores, pues iban envueltas en telas abundantes de colores vivos. Teresa se llevó del hotel un block de papel y una pluma estilográfica, con objeto de escribirle a Julia y revelar a Sheridan su verdadera personalidad. Aunque no debiera casarse con él, deseaba comunicarle que era la misma

niña a quien dió el nombre de Cenicienta. Harkness se llevó un libro que trataba de Irlanda, pero ninguna de las dos pudo absorberse en sus ocupaciones. Era mucho más fácil contemplar a los niños.

A la puesta del sol el cielo se tiñó de rojo, y tanto las arenas como el aire mismo parecían ser de igual color. Aquellos niños morenos se reían y se llamaban a gritos, con las mismas voces e iguales acentos que todos los niños del mundo, sea cualquiera su raza y su nación. Y la joven y la anciana, al oír unos pasos precipitados que se acercaban a ellas, no creyeron que eso pudiera importarles gran cosa, hasta que Teresa oyó la voz de Nazlo.

Este ya esperaba que la señora Harkness acompañase a Teresa, mas eso no le daba cuidado, porque la anciana era amiga suya. Ya se recordará que la trató con la mayor bondad, llevándola en automóvil desde Montecarlo a Menton y que ella se mostró muy agradecida.

— ¡Señorita Desmond!

Teresa se volvió de repente al reconocer la voz. Aquello le parecía ya el colmo de lo que podía soportar, y aun más horrible todavía fué que Nazlo se hallase aquel día en Bousaada.

La señora Harkness se volvió también y recordó en el acto el rostro del bondadoso caballero a quien encontró en el puerto de Mónaco. Recordó que, según él le dijo, conocía de vista al señor Sheridan y que había tratado un poco a la señorita Divina. Por eso le pareció raro que la llamase «señorita Desmond». Quizás se hubiese equivocado; aunque parecía imposible confundir con otra persona a una joven tan hermosa.

— Buenas noches, señor — dijo maquinalmente la anciana.

Y Nazlo, con amable sonrisa y sombrero en mano, manifestó haberla reconocido. Teresa no pronunció una palabra, y como él no tenía tiempo que perder, empezó a hablar con las frases que ya había imaginado.

— Perdóneme por haberla asustado — dijo, — pero he venido a

Bousaada con objeto de ver al señor Sheridan, para tratar con él un asunto de la mayor importancia. Le he encontrado por el camino y allí hemos hablado confidencialmente, porque yo soy el enviado de su esposa. Tal vez sabrá usted ya que está en Argel, a bordo del yate.

— ¿La señora Sheridan a bordo del «Silverwood»? — exclamó Harkness. — Eso es extraordinario, señor. ¿Está usted seguro?

— Por completo. La he visto y también he hablado con ella — le contestó Nazlo, persuadido de que Teresa le escuchaba con la mayor atención. — Perdónenme ustedes si les doy estas noticias con alguna brusquedad, mas no dispongo de tiempo para explicarme detalladamente. Estoy enterado de que el señor Sheridan se figuraba que su esposa se divorciaría de él y también de que la creía en Nueva York. Me sorprende, en cambio, que no les comunicase a ustedes la razón de su rápido regreso a Argel. Debí de recibir un telegrama del capitán del buque. En cambio, ignoraba la razón del viaje de su esposa, hasta que, por encargo de ésta, yo se la comuniqué de viva voz. Hace ya muchos años que conozco a esta señora, y ha decidido no divorciarse de su marido, asegurando que nada la hará cambiar de opinión. No dudo de que el señor Sheridan tratará de convencerla, ofreciéndole dinero, pero me consta que no lo logrará. Además, las circunstancias en que se halla le impedirán divorciarse de su mujer, si ésta no quiere. Comprendo que eso le habrá causado un gran disgusto, porque, según me ha confiado, deseaba casarse con esta señorita, y ahora no podrá hacerlo ya mientras viva la señora Sheridan. Lo cual significa — añadió, volviéndose a Teresa — que si espera usted a que esté libre, es posible que llegue a vieja antes de que tal cosa ocurra.

Teresa ya se había dicho que no debía casarse con Miles, aunque esperaba que él la hiciese su mujer a pesar de todo y en cuanto estuviese libre. Quizás sería, al fin, conve-

niente que Miles no pudiera casarse con ella, salvándose así de semejante contingencia.

— ¡Oh, pobre niña mía! — exclamó condolida la señora Harkness.

Hasta entonces la anciana estuvo irresoluta entre su deseo de que la joven y su amo alcanzasen la felicidad, y la desaprobación que sentía por aquel matrimonio poco conveniente. Pero en aquel momento olvidó todos los escrúpulos, y más que nunca odió a la señora Sheridan.

— ¡Oh, pobre niña mía! — repitió. — ¿Qué hará usted ahora? ¡Todo se ha perdido!

— No sé lo que haré — contestó Teresa. — Esperaré el regreso del señor Sheridan, pues quiero hablar con él. Ahora no puedo tomar ninguna decisión.

— El y yo coincidimos en la conveniencia de que se despidiera usted cuanto antes — replicó Nazlo. — Tenga en cuenta, señorita Desmond, que el señor Sheridan no puede hacer ahora cosa alguna por usted; nada en absoluto. En la actualidad, ¡pobre niña mía!, está usted en una situación muy mala. La señora Harkness, pues creo que se llama así, se lo dirá como yo. Ha desaparecido ya la razón de que siga usted viajando en el «Silverwood». El señor Sheridan no puede ofrecerle más que dinero. Es decir, suponiendo que sea un hombre decente, pues ya sabe quién es usted en realidad...

— ¿Que sabe quién soy? — exclamó la joven, muy sorprendida.

— Dijo que lo ignoraba, pero ya lo sabe ahora.

— ¿Se lo ha dicho usted? — gritó Teresa.

Se apoderó de ella una laxitud especial, al pensar en el significado de aquellas palabras, que tenían mucha más importancia de lo que Nazlo podía adivinar. Miles lo sabía todo. Ya conocía lo que ella quiso comunicarle, sin que se hubiese atrevido a hacerlo. ¿Qué pensaría y qué diría su Príncipe al regresar?

— Sí, se lo dije — replicó Nazlo. — Confieso que cometí una injusticia con Sheridan, pues me figuraba que

estaba enterado de quién es usted y de todo lo demás que yo ignoro, o sea la razón de que emprendiese con él semejante viaje. Sepa usted, niña mía, que yo no he sido nunca un lobo, como creyó al huir de mi lado. Aquella noche, en Nueva York, perdí la cabeza y usted no me dió tiempo para explicarme. Desde entonces la he buscado por medio mundo. Tuve un sobresalto al verla en la terraza de Monte-Carlo, aunque, desde luego, ya sabía que iría usted allá, pues de lo contrario yo no me hubiese hallado en aquel lugar. No obstante, no tuve la oportunidad de hablarle. Y puede estar segura de que si merecí algún castigo, las circunstancias me lo impusieron, aunque desde luego fué injusto. ¡Oh, señora Harkness! Deseo que lo sepa usted todo, porque, en cierto modo, es usted la única persona con que cuenta esta niña. En adelante aspiro a ser yo su protector. Tal vez Sheridan abrigaba buenas intenciones con respecto a ella, no lo niego, mas ahora ya no se halla en situación de hacer nada en su favor, porque no volverá a ser libre. Oigame usted, Teresa: Le ofrezco mi mano, porque siempre deseé que llegase usted a ser mi mujer, y puede tener la certeza de que si consiente, nadie se atreverá ni siquiera a mirarla. Todo cuanto poseo será suyo, y mi nombre es una protección en todas partes. Será usted mi esposa, lo cual quiere decir que saldrá de un modo honorable de la mala situación en que se halla y como si nunca se hubiese encontrado en ella. Se salvará usted. Ya comprendo que no me quiere, mas confío en lograr que corresponda a mi amor. Además, sé que se preocupa por no perder su buen nombre... Ahora, señora Harkness, ya me ha oído usted y conoce las circunstancias en que nos hallamos. Es usted una mujer sensata, honorable, que tiene experiencia y respeto por las cosas dignas. ¿Qué aconseja usted a la señorita Desmond?

Nazlo se había arrodillado casi cerca de las dos mujeres, y con acento suplicante se volvió a la anciana,

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca
de Catalunya



ROBERTO ARMSTRONG



MARY ASTOR